



19 de septiembre de 2024

Estimados hermanos y hermanas en Cristo y todas las personas de buena voluntad,

En el Evangelio de Lucas, un maestro de la ley le pregunta a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?” cuando se enfrenta a la obligación de cumplir el más grande de los mandamientos. Jesús respondió con la parábola del Buen Samaritano. Hoy en día, nuestra nación está dividida por el partidismo y la ideología, que nos ciegan a la imagen de Dios en nuestro prójimo, especialmente en los no nacidos, los pobres y los forasteros. Estos sentimientos negativos sólo se ven exacerbados por los chismes, que pueden propagarse rápidamente por las redes sociales sin tener en cuenta la verdad ni a los involucrados.

Desde el principio, la raza humana fue creada a imagen de Dios, lo que nos distingue de todas las demás cosas creadas. La llegada de Jesucristo a la historia de la humanidad confirma la dignidad que Dios ha dado a cada uno de nosotros, sin excepción. Es nuestra creencia en la dignidad de la vida humana lo que guía nuestras conciencias y nuestra retórica cuando participamos en la política o en conversaciones personales. Cada uno de nosotros, por tanto, debe dirigirse a Dios y pedirle ojos para ver la dignidad infinita de cada persona.

A lo largo de la historia de nuestra nación, los inmigrantes católicos han llegado a nuestras costas buscando libertad para practicar su culto y criar a sus familias. Hace más de 70 años, el Papa Pío XII instó al Cuerpo de Cristo a comprender la responsabilidad cristiana de cuidar a los migrantes y refugiados, escribiendo: “No hubo, pues, ninguna época en que la Iglesia descuidara a los emigrantes, desterrados y prófugos”. Hoy somos testigos de cómo llegan a nuestras diócesis personas que han escapado de la violencia y la pobreza extrema y buscan trabajo para mantenerse a sí mismos y a sus familias. Algunos son católicos, otros no, pero todos son bienvenidos en nuestras parroquias y todos son individuos amados por Dios. ¿Cuál es nuestro deber, como católicos, de garantizar que todos los segmentos de nuestra sociedad, incluidos nuestros líderes políticos, vean a los recién llegados primero como hijos de Dios y, al mismo tiempo, comprendan la necesidad de imponer límites razonables a la inmigración legal? ¿Nos preguntamos cómo nos gustaría ser recibidos si nos viéramos obligados a huir de nuestros hogares?

Aunque la atención nacional se ha centrado en Springfield, sabemos que en todo Ohio nuestros vecinos incluyen haitianos y otras personas que huyen condiciones inhumanas en sus países. A nuestros hermanos y hermanas haitianos en Springfield se les ha concedido el “Estatus de Protección Temporal”, un programa federal humanitario que protege a los ciudadanos extranjeros de la deportación a países de origen inseguros. Como todas las personas, a estos haitianos se les debe brindar el respeto y la dignidad que les corresponden por derecho y se les debe permitir la posibilidad de contribuir al bien común. La reciente afluencia de tantos inmigrantes en tan poco tiempo ha provocado una presión en los recursos de la ciudad. Aplaudimos a todos aquellos grupos comunitarios que trabajan arduamente para promover el florecimiento de Springfield, dada la necesidad de integrar a los recién llegados al tejido social. Si nos mantenemos fieles a nuestros principios, podemos dialogar sobre la inmigración sin convertir a grupos de personas en chivos expiatorios de problemas sociales que escapan a su control.

La carta de Santiago advierte: “Miren cómo una pequeña llama basta para incendiar un gran bosque. También la lengua es un fuego... Con ella bendecimos al Señor, nuestro Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios” (Santiago 3, 5-6. 9). Mientras los residentes de Springfield, Ohio, se enfrentan a amenazas violentas y perturbaciones de la vida alimentadas por publicaciones desenfundadas en las redes sociales, exhortamos a los fieles católicos y a todas las personas de buena voluntad a no perpetuar la mala voluntad hacia nadie involucrado basándose en chismes infundados. En cambio, pedimos oraciones y apoyo para todos los habitantes de Springfield mientras integran a sus nuevos vecinos haitianos y construyen juntos un futuro mejor.

El Papa Francisco, como el Papa Benedicto XVI y el Papa San Juan Pablo II antes que él, nos recuerda que todos somos migrantes en esta tierra en camino hacia la “verdadera patria”, el Reino de los Cielos. El 29 de septiembre, la [Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado](#) el Santo Padre nos pide que reflexionemos sobre la necesidad de abrir los ojos a aquellos hermanos y hermanas que podrían vivir en las sombras de nuestras parroquias y comunidades. La Iglesia católica continúa orando y trabajando en lugares de violencia y desesperación económica para que las personas y las familias no tengan que huir de su tierra natal. Mientras tanto, rechazamos una mentalidad de juzgar quiénes pertenecen a nuestra comunidad y vistámonos la mente de Cristo para entender que Dios camina con todo su pueblo, especialmente con los necesitados.

Con ustedes en Jesucristo,



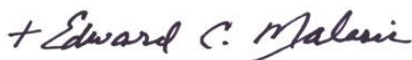
Arzobispo Dennis M. Schnurr  
Arquidiócesis de Cincinnati



Obispo Edward M. Lohse  
Diócesis de Steubenville



Obispo David J. Bonnar  
Diócesis de Youngstown



Obispo Edward C. Malesic  
Diócesis de Cleveland



Obispo John Michael Botean  
Diócesis católica bizantina de San Jorge



Obispo Robert M. Pipta  
Eparquía católica bizantina de Parma



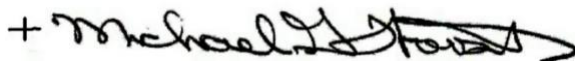
Obispo Bohdan J. Danilo  
Eparquía católica ucraniana de  
San Josafat en Parma



Obispo Daniel E. Thomas  
Diócesis de Toledo



Obispo Earl K. Fernandes  
Diócesis de Columbus



Obispo Michael Woost  
Diócesis de Cleveland